

## UNA TAZA DE CAFE

“¿Al menos me visitarás cuando me vaya?”

Llegué al piso de Alicia hace diez días. Me encontraba volando por el cielo azul cuando encontré una pequeña casita colgando en una terraza abierta. He estado visitando la pequeña casa flotante por los últimos días, y cada vez que vengo encuentro fresco alimento.

La terraza tiene una puerta deslizante de vidrio y una mampara que se extiende por toda la pared, además, Alicia mantiene la puerta abierta por el día y sale a saludarme cada vez que me ve llegar. Es rutina que nosotros tengamos conversaciones por la mañana, ella viene a la terraza con una taza de café caliente, tan caliente que puedo sentir el humo que emerge de ella desde la casa flotante, y reflexiona conmigo acerca de las cosas que quiere cumplir en el día.

Pero este día fue diferente, ya que Alicia no vino a charlar por la mañana. Desde la casa flotante pude notar que estaba apurada por algo, salió de su habitación completamente arreglada, le dio de comer al gato y de inmediato comenzó a limpiar. Alicia se aseguró de que toda habitación y todo objeto dentro de su apartamento estaba en orden. La vi corretear por su cuarto, el baño, la cocina, hasta la terraza, donde dejó la puerta abierta. Parecía que necesitaba tener la certeza de que todo en ese pequeño apartamento estuviera en total y completa organización para recibir a un visitante.

De repente sonó el timbre, y por un instante noté que algo se quebró dentro de la chica, como si no hubiera tenido el suficiente tiempo antes de la llegada. Temerosa, se acercó a la puerta y al abrirla encontró a un señor, el mismo que se encontraba en una de las fotos enmarcadas en la sala.

“¡Papá, hola! Pasa, ponte cómodo.” Escucho vagamente desde la terraza.

Al entrar, Alicia le ofrece una taza de café, a la que Papá aceptó, e inició una pequeña inspección del hogar. Lo vi pasear por la sala, mirar las fotos y cuadros, las plantas y la alfombra. No parecía muy fascinado por lo que veía.

“¿Mamá no quiso venir?” pregunta Alicia, mientras le alcanza la taza de café igual de oscura e igual de caliente que la de ella.

“Gracias. Tenía un desayuno con sus amigas, tú sabes cómo es ella.” responde Papá.

Los dos se sientan en el sillón y charlan por una media hora, se preguntan cómo les va en la vida y en el trabajo. Papá conoce por fin al gato, al que rechaza, y Alicia tiene que encerrarlo en su cuarto. Ella le muestra las pinturas que ha hecho en la semana,

algunas que ha hecho a mi lado en la terraza. Si me preguntaran a mí, no llego a entender el afán de los humanos por esos lienzos llenos de garabatos.

“Siempre tuviste un talento para estas cosas” dice Papá con luz en los ojos.

“Si quieres, puedes llevarte una a casa, podrías colgarla en vez de uno de esos cuadros horribles que tienes de cuando tenía 15”. Ríen, y por primera vez desde que Papá entró al apartamento, la tensión se alivia y puedo dormir unos minutos.

Al despertar, la tensión ha regresado, y escucho a Alicia y Papá discutir en la cocina. “¡A ti nunca te importé! ¿Por qué crees que me fui de casa tan temprano?” Alicia. No la había escuchado de esa manera.

“Alí, sabes que eso no es verdad, siempre me has importado.” Ambos caminan hacia la sala con pasos firmes.

Alicia se burla. “¿Ah sí?” Papá asiente. “Entonces, ¿Por qué nunca estuviste conmigo? Cada vez que había algo importante en mi vida, tú solo estabas ocupado, siempre pusiste tu trabajo primero y tu familia al final, tal como haces ahora.”

“Cambiemos de tema, no entiendo la razón de esto, siempre que hablamos termina así”. Veo a Papá sentarse con los brazos cruzados, podía sentir su fastidio a través de la mampara.

“Yo no fui la que comenzó esto, papá. Y no intentes callarme.” Escucho su voz quebrarse, y pequeñas lágrimas caen sobre sus mejillas.

Papá la llama a sentarse, y noto como, dudando, Alicia se acerca al sillón.

“Nunca estuviste ahí para mí. Cuando comencé mi carrera solo me diste la espalda, dijiste que no podría vivir de ella y que mejor siguiera tu camino. No fuiste a mi graduación por una emergencia de trabajo, en mis cumpleaños siempre llegabas a último momento cuando iban a partir el pastel. Sentía que más que un padre eras un simple proveedor de bienes. Cuando decías que era una hija difícil, ¿acaso paraste a pensar cuánto daño me hacías?” El silencio llena el pequeño departamento, y el viento en el exterior ha incrementado haciendo que la casita flotante se mueva de un lado a otro como una mecedora.

Escucho murmullos provenientes del interior, probablemente Papá respondiendo, aunque Alicia corta sus palabras.

“¿Al menos me visitarás cuando me vaya?”

Apenas logro escuchar lo que dijo después, ya que luego de que Papá afirmara que vendría en tres días, Alicia se levantó y cerró la puerta de vidrio. El viento se había

vuelto muy fuerte y decidí dejar la casa flotante para buscar un lugar cómodo para pasar la noche.

Los días que siguieron fueron un borrón, y no pude regresar al apartamento de Alicia por dos semanas. Aunque, cuando volví a este, la casa de madera colgada del techo de la terraza estaba. Intenté ver por la ventana, no podía encontrar ningún mueble, el caballete en la terraza ya no estaba en su sitio, el gato no podía ser visto. Pero, sobre todo, no pude encontrar a Alicia.

“Tal vez a esto se refería con que se iba a ir.” Pensé. Y mirando al horizonte deseé haber podido compartir una última taza de café en su terraza.

**Seudónimo: “ARIMI”**